

Mis años en Tragsatec: Los no tan santos inocentes.

En un lugar de La Rioja de cuyo nombre no consigo acordarme, ha ya un largo tiempo que dos hidalgos sin lanza, pero bien pertrechados de desgastados martillos, mapas en los morrales y cuaderno de campo en ristre, caminaban entre secarrales buscando no sé qué secretos geológicos donde aflorar la ansiada agua, con que transformar el agro seco en viñedos, frutales o alfalfa.

Tras este párrafo inicial, mitad inspirado en el cervantino Quijote, mitad en la ironía de Shreck, vayamos a una de esas historias que bien ocurrieron, o bien pudieron suceder, a un par de colegas de esta empresa tan nuestra, que dice llamarse tragsatec.

Volvamos pues a esos dos descarriados que, sin más ayuda que un mapa geológico y unas arrugadas fotos aéreas (ay señor, quién hubiera pillado entonces el SIGPAC!), pateaban campo a través buscando contactos, singularidades, pozos, manantiales o simples rezumes subterráneos. Tampoco desaprovechaban la ocasión, cuando la oportunidad salía al paso, de echarle mano a las zarzamoras o a las manzanas de algún huerto, o a perder un buen rato a la caza de fósiles o piritas, por eso del vicio adquirido en la carrera.

Y en ello estaban los muy inconscientes, martilleando con furia un prometedor estrato, cuando con unas colmenas toparon, y enseguida corrieron despavoridos manoteando desesperados, para ahuyentar a las ofendidas, y buscar refugio rápido. Ya a distancia del conflicto tocó análisis de daños: dos picaduras por barba, y moral y honor tocados, pues atrás y a merced de aquellas furias los morrales habían quedado. Con los mapas, los bocatas, las llaves del coche, los cuadernos, los fósiles, y lo que del huerto habían tomado prestado.

Tocaba discutir la estrategia, pues ineludible era volver al campo de batalla. En ello estaban cuando a sus espaldas sonó una risa serena, casi diríamos que antigua, y al volverse encontraron la mirada de unos ojos risueños, enmarcados en un mapa de arrugas con boina, y con la consabida espiga alternado con el celtas en la boca. Los dos geólogos sintieron como se les caían los años como hojas en el otoño, y volvieron a sentirse niños, atrapados en plena aventura y travesura. Pero de nuevo la risa del pastor, pues detrás pastaban silenciosas unas cabras de mirada entre indiferente y burlona, hizo su magia, y los dos dejaron de sentirse desventurados y ridículos, pues también les desbordó la risa hasta casi caer al suelo.

En esto el pastor se levantó, dio un par de chupadas al cigarrillo, y caminó tranquilamente hasta las colmenas ignorando a las zumbadoras, con los ojos entrecerrados y exhalando el humo por su nariz, echó mano de los morrales y los trajo de vuelta. Ya sentados a su lado qué otra manera de agradecer que abrir los morrales y compartir los víveres. Y así empezó una conversación, como escapada de los libros de Delibes, entre los agradecidos jóvenes urbanitas, y el viejo (¿lo era o eso les pareció entonces?) pastor.

Se creían, los incautos, dueños de tanta sabiduría, que se lanzaron a contarle historias sobre cuando aquellas tierras serranas eran en realidad fondos de un mar profundo, en el que entre corales macizos y arbóreos, tan altos como estas coscojas, nadaban extraños cefalópodos con concha, de nombres tan extraños como *ammonites* y *belemnites*. Y también los *megalodontes*, gigantescos tiburones con varias filas de dientes más grandes que un pulgar, se deslizaban entre pobladas colonias de *rynchonellas* y *terebrátulas* (para entendernos, unos bichos como los berberechos de la paella). Y ponían en las manos del pastor, entusiasmados con su propia verborrea, los fósiles encontrados, compitiendo por causarle asombro, seguros de causarle incredulidad. También le contaron el objeto de su trabajo: estudiar dónde captar esas preciadas aguas subterráneas que cambiarían el paisaje y la vida de los agricultores de la zona, generando riqueza y oportunidades para ellos y para las generaciones venideras.

El pastor escuchaba en silencio, alternando su mirada entre aquellos jóvenes y las piedras que ponían en sus manos. Manoseándolas con curiosidad, mirándolas a contraluz. Asintiendo serenamente ante las pinceladas que sobre el futuro de sus tierras le contaban. En silencio, manos correosas, mirada perdida pero con un brillo extraño que quizá entonces no supieron apreciar, aunque ahora sí les venga a la memoria. Terminada la magistral lección, y agotadas también las viandas compartidas, el pastor se puso en pie y dijo:

- Bueno, tendremos que ponernos a trabajar ¿no?

- *Yo llevo toda la vida caminando por aquí y creo que os puedo enseñar esa rocas que buscáis, duras, rojizas, con huecos, conchas y caracoles. Y enseñaros dónde mana el agua en primavera, y donde los juncos aguantan verdes todo el verano. Además antes que vosotros vinieron otros buscadores de agua, con zahoríes con horquillas de abedul y péndulos. Y hasta el cura de Ausejo que vino de un pueblo de Salamanca que se llama Salvadios. Allí dizquen que a cambio de unos reales, adivinaba por dónde corrían los veneros subterráneos, y según las monedas que le echaras en la mano izquierda te decía lo hondo que había que cavar, y hasta cuánta agua podrías achicar. Ahora ya no pide reales, pues con la pensión se ve que le llega, pero sí acepta gustoso botellas de buen rioja que dizque son pa la iglesia. No sé, no sé, ...*
- *También cuando yo volví de la mili trabajé un verano en una máquina de sondear con un balancín que giraba y movía a través de un cable de acero una especie de porra enorme que golpeaba la tierra y se abría paso en ella. Me acuerdo mucho de aquella máquina y de los sondistas, hombres de tierras de Murcia y Almería, a los que nuestras noches de agosto se les antojaban frescas. Decían que eran del Instituto Nacional de Colonización, o algo así, y parecían muy orgullosos de serlo.*
- *Os llevaré también al sitio donde aún está el brocal de ese pozo, aunque las zarzas allí son espesas. Y -dijo con más brillo en los ojos y algo parecido a una sonrisa-, abejas no hay pero sí avispa, tábanos y alguna viborilla ...*

Así trascurrió el resto del día, los jóvenes geólogos formaron parte del rebaño de las cabras, siguiendo al pastor que les mostró los viejos pozos, los humedales, las acuíferas calizas mesozoicas,... Y entonces fueron los geólogos los que escuchaban en silencio, atendiendo la sabiduría natural, anotando en sus cuadernos, midiendo y haciendo fotos, tomando muestras para sus morrales cada vez más cargados, y cruzando de vez en cuando una mirada entre ellos, abrumados de su presunción previa.

La voz de pastor se fue haciendo cátedra antigua, al tiempo que maduraba algo más que la geología en los espíritus de los jóvenes, y el tiempo se detuvo, tanto que aún son capaces de recordarlo perfectamente, aunque algo novelado de tanto contarlo y compartirlo.

Ya se cerraba la tarde cuando el pastor les dijo:

- *Pues tengo yo en la caseta unas cuantas piedras guardadas, si me acompañáis y me ayudáis a meter las cabras en el redil os las enseño. Hasta tengo un ojo de dinosaurio embutido en una piedra de ámbar.*

Ahora sí que cruzaron la mirada los geólogos, a espaldas del pastor, y casi les da un ataque de risa ante su ignorancia e inocencia. Pero, pudo más la curiosidad que el cansancio (aún había que volver a buscar el coche, a varias leguas de allí), así que ayudaron a arrear a las cabras (que seguían entre indiferentes y burlonas, ¡qué sabrían ellas!) y a resguardarlas en el aprisco. Después siguieron al pastor dentro de una vieja caseta de adobe y piedra, con una única habitación donde había poco más que un sucio fogón, un camastro, un gran armario, cuatro sillas y una mesa.

- *Sentaros ahí un momento, que ahora os traigo mis piedras.*

Y una detrás de otra empezó a sacar del profundo armario cajas y cajas de madera, perfectamente conservadas y barnizadas, que colocó cuidadosamente alineadas en el suelo y en la mesa. Los geólogos, que hasta el momento se daban codazos cómplices bajo la mesa, mientras pugnaban por mantener a raya la risa, empezaron a sentir cierta inseguridad ... Sentose el pastor frente a ellos y abrió la primera caja, después la segunda, la tercera, la cuarta, ...

Ahora sí que los jóvenes no tenían palabras, casi ni parpadeaban sus ojos. Ante ellos estaba como la entrada a la mina de los Siete Enanitos y a la caja fuerte del tío Gilito a la vez. O más bien como entrar en los anaqueles más profundos del Museo de Ciencias Naturales. Aquél pastor viejo (¿lo era?) tenía una maravillosa colección de minerales y fósiles, perfectamente etiquetada y clasificada, con piezas procedentes no solo de España sino también de Minas Geraes en Brasil, del desierto de Atacama, del Atlas de Marruecos, ... Geodas de cuarzo amatista, turmalinas, pechblenda, rosas del desierto, cubos de pirita, granates, berilos, ... y buenos ejemplares de fósiles variados, algunos que ni siquiera supieron reconocer.

Ahora eran las manos jóvenes las que tocaban aquellas piedras, las acariciaban casi con veneración. Ahora sí que era profundo el silencio, el externo y el interno. Ni se atrevían a enfrentar la mirada del pastor, aunque bien la sentían clavada.

Pero entonces surgió de nuevo la risa y ahora, además de antigua, soñaba también risueña, franca, abierta. Tan invitadora que se hizo contagiosa y de nuevo sonaron juntas, disolviendo distancias entre generaciones, orígenes y edades.

Apaciguadas las risas, y con unos vinos también, les contó el pastor de su afición desde niño, de cómo caminaba con la mirada en el suelo en su juventud, de cómo poco a poco empezó a conectar con otros coleccionistas, a intercambiar piezas, a comprar en ferias (entonces eso de internet era ciencia ficción). Y que gracias a esa pasión también había aprendido, como buenamente había podido, nociones de geología, y a observar así con otra mirada el paisaje, a identificar las formaciones rocosas, y también a llevar a sus cabras a las zonas que mantenían los mejores pastos en el verano.

Sin duda alguna aquel día fue mucho más que una anécdota divertida para aquellos geólogos, que todavía andan por tragsatec. Os aseguro que entonces aprendieron la lección de que nadie sabe tanto del camino como el caminante. Y así, desde entonces, siempre su primer recurso al llegar a cada nueva zona de estudio fue buscar y preguntar a pastores, labriegos y zahoríes, y hasta a los curas y farmacéuticos rurales.

Cátedra antigua, la de la experiencia.

Os preguntareis qué pasó con el *ojo de dinosaurio embutido en ámbar*, pieza principal de la colección del pastor riojano.

Nosotros también nos quedamos con ganas de pedir que nos lo enseñara, pero no tuvimos la suficiente humildad como para arriesgarnos a escuchar de nuevo sus carcajadas.

30 de julio de 2020

Autor: Un caminante